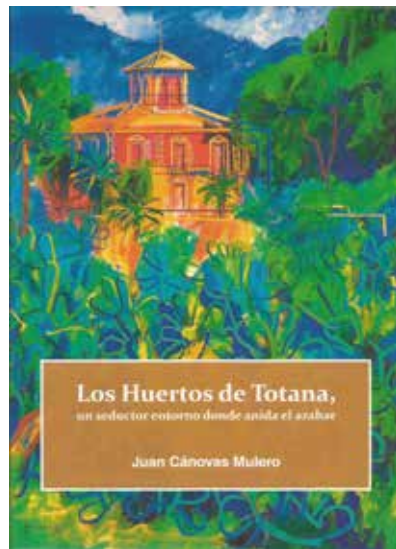


*LOS HUERTOS DE TOTANA, UN SEDUCTOR  
ENTORNO DONDE ANIDA EL AZAHAR*

**Pedro Martínez Caveró**

Universidad de Murcia



Portada

**E**l pasado mes de junio de 2020 –en uno de los intervalos de movilidad que permitió la pandemia de Covid-19– se presentó en Totana un estudio sobre un espacio de fuerte arraigo en la localidad: Los Huertos, como indica el título «un seductor entorno donde anida el azahar». Este trabajo de Juan Cánovas Mulero, cronista de la ciudad, es fruto del estudio, la investigación y la pasión que su autor siente por su tierra natal. Supone un acercamiento a la esencia de este sugerente escenario, el origen, planificación y la evolución de este jardín de la naturaleza creado con el trabajo y el tesón de los totaneros. Completa la monografía el estudio de la actividad económica generada por su puesta en producción, la identificación de sus edificaciones y villas de recreo, algunas de ellas de importante valor artístico, y el protagonismo de sus promotores.

El municipio de Totana está enclavado en el valle del Guadalentín, a los pies de Sierra Espuña; un ecosistema que, gracias al fenómeno meteorológico de la nieve, que regularmente cada invierno cubre sus altos valles y cumbres,

preserva, en palabras del historiador franciscano del siglo XVIII, el padre Pablo Manuel Ortega, «la salud en este abrasado reino de Murcia»<sup>1</sup>.

Esta circunstancia climatológica pone de relieve el mayor nivel pluviométrico del enclave serrano, lo que genera la existencia de fuentes, manantiales y veneros, que han permitido canalizar un considerable volumen de aguas destinadas a mantener las labores agrícolas tradicionales y poner en producción el paraje de sus Huertos. En ellos predomina el cultivo de cítricos, complementado con el almendro. Macizos de flores, palmeras, pinos, higueras y chumberas completan sus principales atributos.



Hasta bien avanzado el siglo XVIII, en este espacio predominó el monte bajo, con suelos pedregosos y tierras yermas en las que crecía una escasa vegetación autóctona (romero, tomillo, jara). Fue a finales de esa centuria cuando los vecinos descubrieron la potencialidad de este entorno, iniciando un proceso de roturación «a fuerza de golpe de pico y taladro de barreno», transformando aquellos áridos terrenos en «prodigios de feracidad y verdor que perfuman el ambiente y recrean la vista». Esta compleja tarea requirió una importante inversión y paciente espera hasta que el naranjo diese sus frutos, siempre «a merced de heladas, pedriscos o tórridos vientos». Este laborioso esfuerzo fue reconocido en 1917 por el periódico regional *El Liberal* al señalar que «no hay en la provincia de Murcia un pueblo donde se haya hecho una zona de huertos tan extensa, tan productiva, tan bella», unos logros tan «sólo comparables a los Cármenes de Granada», «una filigrana... que hoy sobrepujan los totaneros».

Suestímuloeconómicovinodelacrecientedemandadenaranjaenlosmercados europeos. Requirió elevadas inversiones económicas para la mecanización del proceso, lo que permitió, a su vez, una tímida industrialización en la preparación y envasado de la naranja para su exportación. De aquí surgieron un conjunto de técnicas de marketing orientadas a su comercialización: uso de puntillas de

<sup>1</sup> MANUEL ORTEGA, P.: *Descripción Chorográfica del sitio que ocupa la Provincia franciscana de Cartagena*. Edición Pedro Riquelme Oliva, OFM. Publicaciones Instituto Teológico de Murcia OFM. Fundación Cajamurcia, Murcia 2008, p. 74.

papel de seda, tejuelos con originales diseños, atrayentes envoltorios, etc., que mejoraban sensiblemente la vistosidad de los frutos. Un producto saludable, que de por sí ofrecía excelentes posibilidades gastronómicas, se enriqueció con el embalaje. De hecho, en Inglaterra, la mandarina española se comercializaba en pequeñas cajas a modo de bomboneras. Con todo, la demanda iba acompañada de serios escollos debidos a las fluctuaciones de los mercados, de los riesgos de los envíos (huelgas portuarias, deficitarios medios de transporte, períodos bélicos, aranceles, limitaciones exportadoras...). Cuando estos reveses dejaban sentir su efecto, el municipio se sumía en una profunda crisis económica que arruinaba a productores y exportadores.

Desafiando estos retos, algunos emprendedores apostaron con valentía por las posibilidades que abría la demanda. Entre ellos, el autor destaca la dedicación y esfuerzo de los hermanos Tudela Gómez, de Antonio Rosa Lorca, Ginés Guerao Morales, de la saga familiar de los Morales García, Alejandro Lorca Serrano e hijos, Francisco García Martínez, Antonio García Cabrera, José M<sup>a</sup> Molina Camacho, Antonio Martínez Romero, Blas Martínez Yacelo, Francisco Pérez Lozano, Pablo Mariano García López, así como otros emprendedores llegados de diferentes poblaciones, como fue el caso del alhameño Constantino López Méndez.



Tejuelos de dos exportadores totaneros que en las primeras décadas del siglo XX usaron para identificación de sus frutos.

La creación de este paisaje agrícola y la emotiva conexión que generó en los totaneros despertó su orgullo por disfrutar y preservar este hábitat de belleza y fascinación. En 1931 el escritor y periodista Raimundo de los Reyes recogía este sentir: «Los totaneros con justa ufanía, adoran estos huertos de maravilla, y plantan, entre los naranjos, heliotropos, jazmines y rosales... los muestran como palacios o museos, al visitante».

En este atractivo territorio los propietarios levantaron sus viviendas, unas de pequeñas dimensiones, a fin de albergar los enseres agrícolas, pero otras de suntuosa prestancia. Fue así como a lo largo del siglo XIX un sector de la burguesía industrial y financiera, y también afamados políticos y militares, adquirieron terrenos y los pusieron en producción, a fin de dar movilidad a sus

capitales, pero también para disponer de un lugar donde disfrutar del entorno natural. En muchos casos procedían de Cartagena, pero también se sumaron acaudaladas familias oriundas de la vecina provincia de Almería (Huércal-Overa, Vélez Blanco, etc.).

Las principales villas del paraje de Los Huertos se levantan sobre plantas cuadradas o rectangulares. Robustos alzados, aligerados con amplios vanos, buscando simetría en su número y composición. Sencillas fachadas ornamentadas con el empleo de revoque con colores propios de la tierra (almagre, albero, añil) se complementan con el uso de ladrillos y molduras de yeso y, en menor medida, de piedra. En ocasiones se recurre a cenefas de azulejos o molduras de diferente color para separar los cuerpos o individualizar espacios. La rejería, trabajada con precisión y donaire, contribuye a encumbrar su prestancia. Para el tejado, a dos o cuatro aguas, se emplea teja árabe y plana, realizando los aleros con madera. La utilización de torres insertas, torretas, o «monteras» le confieren un claro signo de gallardía y distinción. Estas torretas, excepcionalmente exentas, suelen encuadrarse en la estructura central, ofreciendo, además, el acceso de la luz mediterránea. De ese conjunto de tradicionales edificaciones destacamos la casa que construyó la familia Aznar, emparentada con Maestre y Gray, también la de los Tapia, linajes todos ellos afincados en la ciudad departamental. Los Aznar y los Maestre mantuvieron un estrecho protagonismo político durante la Restauración borbónica como diputados y senadores. Tapia fue alcalde de Cartagena y responsable minero a nivel regional. Otro importante grupo de edificaciones fue mandado erigir por terratenientes y exportadores locales, así como propietarios originarios de las provincias del entorno (Almería y Granada).

El autor sintetiza con acierto esta simbiosis entre la naturaleza y la arquitectura: «en esa confluencia entre naturaleza y sabia intervención humana emerge un excepcional espectáculo arquitectónico, en el que se combinan palacetes, casonas, paradores, aljibes, templetos, hornacinas... junto a viviendas levantadas desde la sencillez, humildes casas de uno o dos cuerpos, con cuadras, patios, corrales... Se fundía, así, en un diálogo de entendimiento y fluidez, arquitectura y vegetación, inmuebles y arbolado, una simbiosis que conforma un oasis de luz, de vida, de aromas, de colores... que atrae y alienta la mirada, que conduce el espíritu hacia la calma, hacia la seducción y que aquí traspasa lo efímero para ofrecerse en continuidad de esperanza».

La monografía de Juan Cánovas Mulero acerca al lector a la esencia de este encantador entorno. Es una cálida invocación a saborear las bondades que lo acompañan, pero también es una llamada a la preservación, cuidado y mantenimiento de los valores paisajísticos, medioambientales, arquitectónicos y estructuras que lo conforman.

CÁNOVAS MULERO, Juan: *Los Huertos de Totana, un seductor entorno donde anida el azahar*. Totana. 2020.